

BIOGRAFÍA DEL MOLOTE

Evodio Escalante

El Molote del porvenir se aproxima a ti montado encima de
[sus trancas,

pero lo detiene la incertidumbre: una lepra
moral, una escoriación
en la arista de los conceptos. Sabe
que el cielo se puso muy escaso;
que el temblor de la carne se volvió, tal vez, un espejismo
al que será imposible retornar este día.
La radiación de la materia pudo ser excesiva
y asustó a los caballos que triscaban al borde del abismo
el suave almizcle de la resurrección.

Esto lo conoce el Molote desde algún hematoma de sus
[tegumentos,
esto lo sabe con dendritas de cuarzo que gimen de pasmo y
[de ternura.

Y, sin embargo, ¿qué puede hacer con lo que sabe,
si lo que sabe no le alcanza para pagar la deuda
que hace trizas su imagen delante del relámpago?
¿Qué puede posponer sino el bagazo esplendoroso
de unas cascadas nubes
que se amotinan sin discurso a las puertas del cielo?
El Molote esconde la cabeza tras la serpiente de palabras.
Una hierba de sueños le abunda en la cabeza
que disimula los resquicios.
Ahora siente que su figura es un ejemplo
y un modelo aplicable a su propia existencia.
Es granítica y fuerte. Se parece
a tu bendita imagen pero no parpadea.
Muerde un trozo de luna que fosforece lejos
y que se liga a ti por razones sentimentales.
Escondido tras escuálidos miradores, lame la angustia
que se derrama de tu frente
y pronuncia palabras de franca neciedumbre, un mantra
[maquinal

que lo mantiene encima de sus zancos
hollando el territorio
al que acaricia apenas con el declive de una sombra.
No importa. No ha importado.
La distancia se ensaña con la distancia
y el cisticerco en el cerebro continúa su faena
para que tú lo dejes,
para que tú exhibas su mondado esqueleto
colgado de una esquina, mas con la barba puesta.

Torpe Molote entre irascibles pliegues.
Estúpido y tullido como sólo puede serlo un Molote
que se aferra a sí mismo para expulsar al sueño
y para acariciarlo entre las lajas.
Te mataré con estas manos que ya se cansaron de obedecer tu
[neciedumbre.

Te asfixiaré con estos labios morados que intentan apañarte.
Te arrancaré los ojos mundos aunque me quede ciego
y rueda por el mundo sin encontrar el piso.

Mancillada materia sobre un escombros de materia.
Seré entonces la lumbre, el fuego lento
que en bandejas de plata determina la escoria
de lo que fue y no pudo ser y mucho menos se recuerda.
Desesperado grito que ennegrece la carne.
Alimento de pájaros que escombran
en aflojadas vísceras
los más preciosos signos de ser ágiles.
Algo sabrá soltarnos
en medio de la noche, pero con otro rostro.